

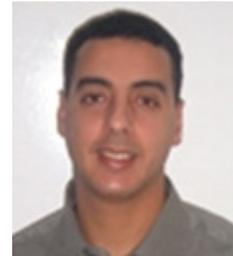


Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

www.ceid.edu.ar - admin@ceid.edu.ar
Buenos Aires, Argentina

MARRUECOS. EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN DE LOS JAZMINES TUNECINA

03/02/2011



Saïd Kirhlani

Análisis del Observatorio Electoral TEIM - www.opemam.org *

Con el escenario tunecino/egipcio como telón de fondo, muchos observadores presagian la posibilidad de un efecto "mancha de aceite" que podría llevar a otros países árabes a una primavera democrática a golpe de revoluciones. Tales vaticinios vienen alimentados por las movilizaciones populares en apoyo a los pueblos tunecino y egipcio que se están produciendo en las calles de varias capitales y grandes urbes a través de la geografía del mundo árabe.

Sin embargo, es muy difícil confirmar tal efecto, básicamente por dos razones. La primera consiste en que, aunque estos países comparten muchos rasgos sociopolíticos, cada uno de ellos tiene su especificidad que se traduce en su propia historia política, el grado de

* Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos, Universidad Autónoma de Madrid, <http://www.observatorioelectoral.es/ImgBase/AE-Marruecos 2011 El impacto de la revolucion de los jazmines tunecina.pdf>

legitimidad del que goza su régimen político, el grado de apertura o cierre de su juego político, la fuerza que tiene la oposición al régimen, el grado de respeto de los derechos sociales y políticos, su situación económica, el nivel educativo medio de su población, los índices de desarrollo humano y la calidad de vida de sus ciudadanos, sus límites de resistencia, etc. Mientras que la segunda razón reside en el grado de éxito de estas dos experiencias en conseguir los frutos esperados, y por ende el grado de seducción que lleguen a tener para convertirse en un modelo a seguir. Hay que ser conscientes de que, en el caso tunecino, la revolución ha descabezado al régimen, pero todavía no ha llegado a desmantelarlo.

En el caso de Marruecos, todo el pueblo sigue muy de cerca la evolución de los acontecimientos sin ocultar su deseo, que se convierte muchas veces en entusiasmo, por un triunfo de ambas revoluciones que pueda llevar a los dos países vecinos a una verdadera transición democrática. Sin embargo, y a diferencia de otros países árabes, no ha salido a expresarlo en la calle ni parece estar preparándose de momento para ello, salvo en tímidas concentraciones frente a la embajada egipcia en Rabat o en otros puntos del país organizadas por organizaciones de la sociedad civil como la AMDH o ATTAC. Estas concentraciones han sido minoritarias y se han limitado a expresar su apoyo incondicional a las reivindicaciones legítimas de los demócratas tunecinos y egipcios, sin traducir dichas reivindicaciones en clave interna. Incluso predomina en estos actores el discurso de la "excepcionalidad" marroquí en el contexto regional, lo que no deja de ser una forma de legitimación del régimen.

Por otra parte, el régimen ha preferido guardar un absoluto silencio que sólo se ha visto roto en el momento de la caída del presidente tunecino Ben Alí, cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores emitió un comunicado oficial deseando, sin entrar en detalles, un buen futuro para el pueblo tunecino. Al mismo tiempo, el Gobierno tomó algunas medidas preventivas en forma de control de precios de los alimentos básicos y acuerdos para solucionar conflictos puntuales con algún que otro sindicato sectorial, con el claro objetivo de evitar cualquier provocación *económica* que pueda llevar a la sobreexcitación del pueblo.

En lo que se refiere a los partidos políticos, no se han registrado grandes reacciones públicas. Las opiniones más relevantes de las pocas que se han hecho eco los medios de comunicación han sido la de Nabil Benabdallah, el nuevo secretario general del PPS, uno de los partidos que integran la coalición gubernamental, que declaró que la *revolución de los jazmines* ya la está llevando a cabo en Marruecos pacíficamente el propio Mohamed VI; y la de Mustafa Jalfi, responsable del

observatorio estratégico del Movimiento de Unificación y Reforma (MUR), considerado como la reserva ideológica del islamista PJD, que invitó al pueblo tunecino a tomar en consideración la realidad política plural marroquí como modelo para su proyecto de transición democrática.

No obstante, en la calle y en la prensa existen dos posturas opuestas con respecto al posible efecto dominó en el que el país puede verse involucrado. La primera admite la posibilidad de ese contagio y se basa en la similitud que, en su razonamiento, existe entre los regímenes marroquí, tunecino y egipcio. Considera que el régimen marroquí no es más que una monarquía ejecutiva que monopoliza el poder basándose en una constitución que le otorga prerrogativas que la elevan a la sacralidad. Una monarquía que monopoliza el control del campo político, religioso e incluso económico; que ha creado un partido afín (el PAM) con el fin de controlar el panorama político, desacreditando los procesos electorales y las instituciones que en teoría deberían representar democráticamente al pueblo; que permite la violación de las libertades y los derechos políticos, sociales y económicos de los ciudadanos; que no reacciona ante la corrupción de la justicia; que permite que su entorno más próximo, sea civil o militar, viva de la corrupción y de la apropiación de las riquezas del pueblo (realidad que corroboran las últimas revelaciones de Wikileaks), etc. Por ello, considera que el país padece las mismas enfermedades que han causado el fuerte enfado que llevó a los pueblos tunecino y egipcio a emprender el camino de la revolución.

La segunda postura descarta toda posibilidad de contagio basándose en las diferencias que existen entre el régimen marroquí y los demás regímenes árabes. En este aspecto, destacan las reformas políticas, sociales y económicas impulsados por el régimen, sobre todo en lo relativo al pluralismo político (integración parcial del movimiento islamista y la extrema izquierda en el juego político); la diversidad cultural (mayor reconocimiento de la lengua y cultura amazigues, creación del IRCAM); los derechos humanos (establecimiento de una comisión de la verdad para investigar las violaciones producidas durante los *años de plomo*, una experiencia inédita en el mundo árabe); la modernización del estatus de la mujer (nuevo código de familia); la estabilidad económica (planes de desarrollo sectorial como el Plan Verde de agricultura o el Plan Azul de turismo); la libertad de prensa; la estabilidad y seguridad ciudadana, etc. De modo que la misma situación que se está viviendo en los países escenario de las revoluciones ya la habría vivido Marruecos a finales de los años ochenta y la habría

superado con los pasos hacia una mayor apertura política que dio durante los años noventa.

Sin embargo, más que fijarse en si el vaso está medio lleno o medio vacío, hay que destacar dos hechos muy importantes. Por una parte, mientras que las revoluciones de Túnez y Egipto han dirigido su dedo acusador a la cabeza del régimen, en el caso de Marruecos apuntan al Gobierno y no a la figura del rey, que es el jefe de Estado. Éste ha sabido cuidar su imagen pública, sobre todo ante sus masas populares, y desviar el descontento de éstas hacia el Gobierno. Sus interminables visitas a las distintas ciudades y pueblos de todo el reino, como si estuviera constantemente en campaña electoral, ayudan a consolidar una imagen de cercanía de la que carecen los ministros de su gabinete.

Acciones como la Iniciativa Nacional de Desarrollo Humano (INDH) lanzada en 2005, que ha movilizado en los focos de pobreza a una parte importante de la sociedad civil, están calando entre las masas más desfavorecidas que suelen ser la carne de cañón de las revueltas. Además, el rey suele ponerse al frente de las operaciones periódicas contra los focos de corrupción entre los altos cargos de la administración, como el último caso de Alhucemas, que fomentan su imagen de limpieza y honradez. Esta imagen positiva se consolida con gestos como el indulto de periodistas y *bloggers* que han sido condenados por la justicia, muchas veces por injurias y calumnias a su persona.

El resultado de todo esto es que la ira de los desamparados, las masas pobres y marginadas, los jóvenes en paro o los periodistas censurados se concentra en la mayoría de los casos en los miembros del Gobierno y particularmente en la figura del primer ministro. Sólo a veces llega a salpicar el entorno del rey, debido a las acusaciones vertidas contra algunos amigos próximos y piezas clave de su régimen. Eso por lo menos lo que se desprende de los discursos que circulan en público entre la población y los foros de opinión que ofrece la red de internet.

Eso no quiere decir que no existan críticas al rey, sino que tales críticas, a pesar de su importancia, no llegan a justificar una revolución que buscaría el derrocamiento del régimen. Las reivindicaciones más repetidas se centran en una reforma profunda de la constitución, en el sentido de recortar las prerrogativas del rey en favor de las instituciones del Parlamento y el Gobierno, mayor justicia social y mayor reconocimiento de los derechos personales.

Por otra parte, el régimen consigue muchas veces desactivar o evitar la radicalización de ciertos sectores políticos o sociales contestatarios que surgen de vez en cuando a nivel local (revueltas de Sefru, Sidi Ifni y Figuig, grupos de jóvenes diplomados en paro) a través de negociaciones desequilibradas y concesiones estratégicas muchas veces basadas en un juego de intereses personales. Ejemplos destacados de esta práctica son la victoria en las elecciones municipales de 2009 de la lista independiente constituida por los jóvenes que lideraron la revuelta de Sidi Ifni; que habían sido detenidos y enjuiciados un año antes; o la regulación de la situación laboral, con la admisión en la función pública, del grupo de diplomados en paro que intentaron prenderse fuego a principios de junio pasado.

A modo de conclusión, parece que la sociedad marroquí no ve la necesidad de involucrarse en una acción de protesta de alcance revolucionario y que exija el cambio de un régimen que no es democrático, pero tampoco tan cerrado y represivo como los de Túnez o Egipto. Y al no sentir un malestar generalizado que puede provocar el hecho de vivir bajo una dictadura, no se anima a aventurarse en una acción mal calculada que pueda llevar a un futuro incierto. Estos temores aumentan si se calculan los riesgos añadidos que podría acarrear la desestabilización política en un país como Marruecos, que considera amenazada su integridad territorial por las reivindicaciones separatistas en el Sáhara y el Rif.

La asociación islamista Al-Adl wa-l-Ihsan es la única fuerza de la que se podría esperar una movilización en este sentido, sobre todo si el escenario que se vive en los países vecinos se asemeja a lo que en la literatura ideológica de su líder espiritual, Abdessalam Yassin, se denomina *qawma arima* o "levantamiento de masas" contra el régimen. Pero todavía no se ha pronunciado, quizás por no sentirse capacitada de liderar tal acontecimiento o por considerar que el fruto en Marruecos no está todavía lo suficientemente "maduro".